

NºCatálogo: FALT0223

Tipología: Obra Gráfica

Cronología: 1874

Técnica: Grabado

Ubicación: Residencia Universitaria Ramón Carande

Dimensiones: Enmarcado: 61,5 x 51,3 cm / Paspertú + Huella: 54,5 x 44,3 cm / Huella: 35,9 x 25,9 cm.

Forma de ingreso: Donación de una Institución

Autor/es: Desconocido



Descripción:

conjunto de seis grabados publicados en un número de la revista La Ilustración Española y Americana, Año XVII, Nº. 29, pág. 457, a fecha de 8 de agosto de 1874.

El grabado representa gráficamente en sus diferentes divisiones los procedimientos que en Cagayan del Norte se llevaban a cabo para el cultivo y la recolección del tabaco, desde la sementera y trasplante (grabados 1 y 2), pasando por la faena de los cosecheros en tiempo de aforo (grabado 3), el viray del traficante y la corta del tabaco (grabados 4 y 5) hasta la operación del empalillado (grabado 6). Realizada esta última, el tabaco quedaba ya en disposición de ser trasladado a los almacenes, con destino a la exportación y fabricación del cigarro.

*Biografía:

A pesar de que desconocemos con precisión la autoría de la obra, pueden aportarse datos relativos a los artistas encargados de los grabados en la editorial en los años próximos a la publicación del número concreto.

Su fundador y primer editor y director fue el gaditano Abelardo de Carlos y Almansa (1822-1884), quien, tras una inicial y fructífera experiencia editora-periodística en provincias, había adquirido el madrileño El Museo universal (1857-1869), revista heredera de la prensa pintoresca e ilustrada antecesora, a la que sustituye dándole este nuevo título, en el que mantiene el término ilustración y al que suma a española el adjetivo americana, como natural expansión de la difusión de una lengua y cultura común intercontinental; y, siguiendo el modelo de las grandes revistas ilustradas europeas, será el máximo exponente del periodismo gráfico español del siglo diecinueve. Aparece su primer número en una época de reformas políticas, como es la del Sexenio Democrático, el 25 de diciembre de 1869; marcará un hito en las primeras décadas de la Restauración y, tras irrumpir y empezar a desarrollarse el nuevo fotoperiodismo en las postrimerías de la centuria, sobrevivirá dos décadas más, hasta el 30 de diciembre de 1921, día en el que publica su última entrega. Si en sus páginas se da cita una larguísima nómina de destacados literatos, publicistas y periodistas, a ellas se incorporarán definitivamente, trazados con un realismo y calidad excepcional, los dibujos de actualidad, estampados a través de unos grabados de gran belleza y maestría, considerados auténticas instantáneas de toda una prolongada época histórica.

La revista empezó a ser estampada en la Imprenta de Gaspar y Roig y después en la de Tomás Fortanet, hasta que pase a la de Rivadeneyra, que De Carlos adquirirá para constituir una de las principales empresas tipográficas y editoras más importantes del último tercio del siglo XIX español. En las páginas de esta revista, la estampación del grabado de madera alcanzará su madurez y culminación, dando cabida a los dibujos realizados a pluma o lápiz, siendo el pintor y dibujante Juan Comba (1852-1924), tras su incorporación a su redacción en 1872 -en la que permanecerá hasta 1907-, el gran introductor, artífice y perfeccionador del género artístico-informativo,

comenzando a realizar, desde 1880, fotografías como auxilio de sus ilustraciones a lápiz, publicando también reportajes y utilizando técnicas como la del medallón (especie de zoom), siendo por ello considerado el primer periodista gráfico español y el más fiel cronista y reportero de la Restauración. Mientras que la información ilustrada del extranjero fue adquirida y procedía de los clichés de las principales revistas francesas o inglesas, la elaboración de la española devino en la formación de una auténtica escuela de maestros gráficos, entre dibujantes y grabadores, y al frente de estos estuvo Bernardo Rico y Ortega (1825-1894), responsable del diseño de la revista, director artístico y jefe de los talleres de Rivadeneyra, acompañado por su hermano Martín (1833-1908), de Arturo Carretero Sánchez (1852-1903) o de Tomás Carlos Capuz Alonso (1834-1899), todos ellos también dibujantes y grabadores. Y entre otros autores de sus dibujos estuvieron artistas que adquirieron, además, cierta especialización, como Daniel Perea (1834-1909), como retratista de reyes, militares, políticos, artistas, intelectuales, eclesiásticos, científicos o personajes de la alta nobleza; o el pintor y dibujante José Luis Pellicer (1842-1901), quien junto al citado Bernardo Rico, dibujaron del natural o a partir de croquis o fotografías de actualidad, siendo Pellicer enviado especial en la guerra carlista (1872-1876) y la guerra ruso-turca (1877-1878), así como corresponsal de las principales revistas ilustradas europeas. A los citados se sumaron los pintores Alejandro Ferrant (1843-1917), Isidro Gil (1843-1917), Enrique Simonet (1866-1927) y Eduardo Sánchez (1869-1949); el también pintor y humorista gráfico republicano Francisco Ortego (1833-1881), o Tomás Padró, Félix Badillo, Manuel Alcázar, Domingo Muñoz, Manuel Domínguez, Daniel Ortego o Mariano Pedrero. A los que se unió una auténtica red de corresponsales gráficos en provincias, entre los que cabe citar al barcelonés Manuel Obiols Delgado (c. 1860-1911), el sevillano Ramiro Franco Pacheco, el valenciano Castells y José Riudavets (1840-1902), entre otros muchos. Para la estampación de sus grabados utilizó la xilografía y, según Gómez Aparicio (1971), se caracterizó también por la innovación en el empleo de la zincografía, como técnica que reemplazó la madera por el zinc. Su primer fotograbado apareció pronto, el 2 de septiembre de 1883, y su primera fotografía en color (tricomía) el 22 de diciembre de 1888. La aplicación de la técnica del fotograbado durante los últimos años del siglo coincidirá con el máximo esplendor de la revista y sus tiradas más abultadas. Así como en los pies de los grabados de los dibujos tomados de fotografías era norma en la revista expresar el nombre del fotógrafo (como puede ser el caso de J. Laurent), hasta 1910 no aparecerán los nombres de estos en los fotograbados.